



www.edicionesera.com.mx

Luis Jorge Boone

Suelten a los perros



Ediciones Era

El hombre herido en el corazón puede,
por fin, mirar la realidad tal cual es y
percibir sus misterios.

RICARDO PIGLIA

Mi vida con las plagas



La rata estaba atrapada entre la puerta mosquitera y la puerta metálica del patio. Era enorme, monstruosa. Dónde cabrones se podía conseguir un exterminador, me preguntaba yo. Ni siquiera estaba seguro de que eso se estilara en mi pueblo. Tanto ver televisión te hace pensar que vives en Springfield o en Ciudad Gótica, y que todos los problemas pueden solucionarse de maneras graciosas y afortunadas. En la confusión del momento me pasó por la cabeza deshacerme de ella sin que corriera sangre. Dejarla ir... ¿regresarla a la naturaleza? ¿Tomar la justicia en mis propias manos?

Ahora que lo pienso, la mía no fue una elección del todo responsable; sin justificación alguna me monté en los deberes de cazador. Lo que dicen que debe ser todo hombre, descendiente de los machos imperiales que mataban mamuts prácticamente a mano limpia. Un bato, lo mínimo que puede hacer, es partirse la madre, siempre, en todo lugar, en cualquier circunstancia. Si no, es cualquier otra cosa. Yo pasaba sin ver. Si la rata me hubiera pedido un rescate de queso manchego a cambio de dejarme en paz, se lo hubiera entregado, con moño y tarjeta; pero no ocurrió.

Llegué del trabajo por ahí de las tres de la tarde. Doy clases en una prepa privada, turno matutino, de Español, Teatro Clásico y Redacción; además, las noches de los miércoles y viernes enseño Metodología de la investiga-

ción en el Tecnológico que está antes de llegar a Estancias de San Juan.

Hacía un chingo de calor. Qué novedad. Mi pobre carro empezó a calentarse y se quedó. Tuve que caminar en el pleno solazo de la tarde por el bulevar San Buena, sin una sombra que retrasara un poquito la insolación que ya me había apendejado a los primeros dos metros.

Iba siendo hora de comer. Pensé en lo único que había en el refrigerador: una cubeta con pollo frito que había sobrado del fin de semana. Las piezas quedarían horribles cuando las calentara en el micro, pero peor era andar a pata.

Llegué, jodidísimo, como pueblo elegido después de cruzar el desierto. Defraudado del mundo y de mí mismo. Me senté a la mesa, frente a un plato de muslos y alas que ya no crujirían bajo ninguna circunstancia. Antes de la primera mordida me sentí sofocado. La casa, a esa hora, era un horno. Me levanté a abrir la puerta del patio para ver si de puro rebane hacía tiro con la puerta de la calle, y así se dispersaba el calor encerrado de la mañana.

Casi ni moví la puerta y el animal empezó a chillar, a agitarse, a rascar la tela mosquitera y el metal, como un demonio.

Pinche susto de la chingada.

Era una ratotota.

Cerré la puerta en friega.

El corazón se me quería salir del pecho. Una repentina carga eléctrica me levantaba los cabellos y me hacía sentirlos, como púas, cada uno por separado.

Me concentré en respirar; luego hice deducciones. La puerta exterior, la de tela mosquitera, tenía un agujero hasta arriba. Por ahí se había metido.

La casa estaba a medio caerse. O a medio construirse, da lo mismo. Tenía paredes desiguales, era una casita de juguete armada por un niño al que se le acabaron los bloques y le siguió con lo que hubiera. No todos los cuartos tenían cimientos. La instalación eléctrica consistía en tubos anaranjados que corrían por fuera de las paredes y contactos que colgaban de cables rematados con cinta aislante. Me la rentaba mi hermana, con quien nunca me he llevado bien. Me cobraba cualquier madre e incluía los muebles. Como única condición me pidió que fuera a su templo; su plan era hacer que me uniera a la congregación. El papel con la dirección se me perdió desde el día que me lo dio. Era hasta Frontera. Razón de más para ni siquiera intentarlo.

Por incómodo que fuera, había terminado acostumbrándome a vivir en la precariedad arquitectural. Por nada del mundo iba a ponerme a arreglar ese desmadre. No mandas afinar el camión que tomas para ir al trabajo, no alfombras de pared a pared tu pensión de estudiante. Nadie en su sano juicio le mete lana a una casa que no es suya.

La casa era un chorizo de cuatro cuartos, un baño y un patio larguísimo, aprisionado entre los terrenos más amplios de las casas vecinas. Los cuartos de atrás tenían goteras, la cocina y otro en el que mi hermana guardaba una lavadora descompuesta y material de construcción: varillas, maderas, sacos de cemento endurecido, un montón de arena apisonado en el rincón. La ventana de enfrente tenía un vidrio quebrado; el hueco estaba tapado con cartones. El baño era pura obra negra: paredes enjarradas, tuberías a la vista, piso de cemento; el desagüe consistía en un hoyo enorme, como el de las pesadillas que aque-

jan a los niños que acaban de dejar la bañera. A la piadosa de mi hermana le urgía salvar mi alma, pero el bienestar de mi cuerpo le valía dos centavos.

La rata no se quedaba quieta, no se callaba y tampoco se iba.

Regresé a la mesa. Se me fueron las ganas de comer, y sospeché que para siempre.

Pasé unos minutos intentando ignorar la repugnancia que me producía ese huésped a medias metido en la casa, sitiando la única intimidad que me quedaba.

Con el estómago cerrado, tiré el pollo.

Encendí el aire lavado de la recámara para dormir un rato.

Debía llevar la ropa a la lavandería, lavar los platos llenos de cátsup, grasa y puré de papa del fin de semana, barrer y trapear. Ruido de fondo: chillidos desesperados. Tenía que decidir a qué hora iba a volver por el carro, que había dejado enfrente de los asaderos del San Buena; cabía la posibilidad de que, ya de noche y enfriado, volviera a arrancar. La otra posibilidad era que el mecánico quisiera cobrarme una feria por echarlo a andar, y entonces lo mejor sería dejarlo morir entre los humos de la carne asada.

En lo que el aire refrescaba la recámara me puse a despejar la mesa en la que preparaba mis clases. Ordené los libros, pasé un trapo por encima del polvo, rompí y tiré exámenes del semestre pasado que no les había regresado a mis alumnos. Ruido de fondo: pequeñas garras asquerosas rascando la puerta. Traje una bolsa de plástico de debajo del lavabo de la cocina y metí todo, junto con las envolturas de papitas y chucherías que tapizaban el piso.

El cuarto no se enfriaba como para poder dormir. Se me ocurrió bañarme. Ahí estaba el detalle. No había manera de salir a prender el bóiler. Podía intentar un regaderazo rápido, lo que significaba cocinarme en el agua hirviendo de la tubería, para enseguida mentar madres por el agua helada del tinaco; ahí debía entrar en acción el bóiler. Ni que urgiera tanto. Ruido de fondo: la puerta traqueteando, la rata dando vueltas y vueltas. Pensé en ver en la tele una serie o una película o caricaturas o lo que fuera con tal de acallar el desmadre.

Viendo al pato Lucas y al conejo Bugs no podía dejar de pensar en cómo no se le ocurría a la rata escalar por la tela y salir de su trampa de la misma forma en la que había entrado, pero en reversa.

Podía fugarme y regresar hasta la noche. Era martes y no tenía nada más que hacer. Ir a un bar, tomarme algo, ver un juego de beisbol, o escuchar música de los años noventa tantas veces hasta que tuviera que ponerle atención a las letras.

Pero tarde o temprano tendría que regresar y encargarme de la visita.

Me llevaba la chingada.

Me rendí.

Había que deshacerse del bicho cabrón.

¿Cómo? Lo sencillo había sido tomar la decisión. Lo que seguía era lo verdaderamente difícil.

Abrir la puerta desde dentro significaba invitar a la rata. No existía la mínima posibilidad de atajarla, pescarla, eliminarla antes de que me pasara entre los pies y se internara en la casa. Pensé en el cuchillo grande de la cocina, las tijeras, el desarmador de la caja de herramientas. Todo era de mi hermana. ¿Habría unas pinzas por ahí?